

¿HACIA UNA NUEVA METAFISICA? TEORIA DE LA HABENCIA

POR EL

P. TEÓFILO URDÁNOZ, O. P.

El profesor Agustín Basave y Fernández del Valle es conocido como brillante pensador cristiano y uno de los más destacados filósofos de México, en la actualidad rector de la Universidad de Monterrey. Lleva ya publicadas numerosas obras desde su primer ensayo sobre Unamuno y Ortega (de su doctorado en Madrid), continuando por variados estudios sobre el existencialismo, sobre Pascal y filósofos alemanes modernos, y entre sus obras teóricas descuellan una *Filosofía del hombre*, *Metafísica de la muerte*, etc.

Su producción culmina ahora con un *Tratado de Metafísica* (1), vasto y macizo libro que marca su plena dedicación y entrega ejemplar a profundizar en la alta filosofía. Ha tenido la gentileza de enviarla a esta dirección.

Se trata, sin duda, de una extensa y original exposición de la metafísica en la que el autor hace gala de amplia información en las corrientes del pensamiento moderno en los cuales se inspira, con base, además, en diversos tratados neoescolásticos. La originalidad mayor estriba en el subtítulo, que caracteriza la trayectoria entera de la obra: *Teoría de la Habencia*. El profesor Basave pretende construir una nueva metafísica sobre su ex-

(1) Agustín Basave y Fernández del Valle, *Tratado de Metafísica. Teoría de la Habencia*. Prólogo de Ismael Quiles, S. J., México, Editorial Limusa, 1982, pág. 444. El P. Quiles alaba mucho el hallazgo del profesor Basave y Fernández del Valle y tal vez la ha inspirado con su otra versión metafísica de la *in-sistencia*, que dice ser afín a la del autor.

traña teoría de la «habencia», en que descubre «una base nueva, y creo que la última de la metafísica». Ya nos la había dado a conocer en el Congreso mundial de Filosofía de Córdoba (Argentina), en 1979, y aquí ha llegado a desarrollar su entera invención metafísica.

Tan novedosa y sorpresiva noción de la «habencia» no anda catalogada en ninguna escala de categorías. Basave, empero, la ha descubierto y vislumbrado en ella la clave de bóveda y «punto de partida de la metafísica», con prioridad incluso sobre el concepto del ser. Y, como descubridor, la ha bautizado con tan feo nombre. La metafísica, proclama, «es la ciencia de la habencia en cuanto habencia» en lugar de ser ciencia del ser en cuanto ser. El término recorre toda la obra como enfoque nuevo de las cuestiones. El principio de prioridad de la habencia sobre el ser ilumina las reflexiones de nuestro filósofo.

Dada la novedad del término y lo fundamental de su significado, el autor ha tenido cuidado de justificarlo y explicar de mil modos y variedad de expresiones la nueva estructura metafísica. La intuición le ha venido de una interpretación desacertada del verbo castellano *haber*, del que viene el presente *hay* con los tiempos pasado y futuro: *ha habido* y *habrá*. Tal verbo funciona con abundante polisemia: es verbo auxiliar, significa *tener* o la posesión (sentido aquí descartado) y da lugar a esa forma impersonal *hay*, denotando cualquier cosa existente. En cambio, la forma substantiva es de extrema pobreza.

Para suplir esta falta ha acuñado Basave el sustantivo *habencia*, construyendo en torno a él su nueva especulación metafísica. La habencia tendrá la misma universalidad del «hay» y viene a ser el estrato último que comprende todo lo que «hay», todos los entes existentes y posibles; el «hay» es lo más general que podemos decir. Es por ello la base acogedora y fundamental de todo, el gran tema de la metafísica.

Las frases de descripción se acumulan de continuo para decirnos lo que es la habencia: «El *hay*, el campo de la habencia está antes que el *ser tal*, que la taleidad de la cosa. El campo de la habencia abarca no tan sólo la *cosa real*, sino también el

ente ideal, el *ente posible* y el *ente ficticio*. La habencia es el conjunto indiscriminado de todos los entes y de todas las posibilidades, la forma general de presentarse el ente y la posibilidad, la estructura de ofrecimiento primordial. La habencia no es la esencia, ni la unidad estructural de las cosas, sino *el modo primario de entrar* en presentación dentro del contexto... Las cosas reales, los entes ideales —los valores, los números, las figuras geométricas—, los hechos históricos y las posibilidades aparecen en el hombre en el campo de la habencia».

Por ello emplea la fórmula de definición más concisa: «La habencia es la totalidad de los entes y de las posibilidades en sus mutuos condicionamientos». Una unidad trabada, condicionante y totalizante, la unidad de todo cuanto hay en el mundo, es decir, de «todo lo habido y por haber». También la llama a veces «sustancia finita primordial» o «sustancia primera», no por considerarla como sustancia en sí, sino porque contiene a todos los entes particulares en totalidad sintáctica y porque todos los entes se actualizan y realizan su presencia en la habencia. De ahí que le aplique la expresión de Karl Jaspers: Es el horizonte omnienvolvente, el horizonte finito en que «las realidades particulares muestran su consistencia última que las hace ser reales en la habencia, en la totalidad de todo cuanto hay».

Y ¿no es entonces dicha habencia la misma totalidad de los seres, lo que se expresa en la fórmula clásica del ser en cuanto ser? El profesor Basave muestra un claro desdén y fuerte reacción crítica contra esta fórmula aristotélico-tomista que señala también la totalidad de los entes y define el objeto de la metafísica. Según él, la metafísica se ha de definir como «teoría de la habencia en cuanto habencia», no como ciencia del ser en cuanto ser. En efecto, la fórmula del ser en cuanto ser representa, según él, mera abstracción conceptual y ninguna abstracción o concepto abstracto puede ser fundamento de la realidad, ni base de una ciencia de los entes reales. Por eso se desvió la metafísica de pasados siglos hacia un conceptualismo esencialista, origen del nominalismo. Sólo la habencia expresa el conjunto de los seres concretos y se configura como «el universal

concreto» que incluye el ser real de cada ente y la totalidad de de los seres finitos, implicado un Ser fundamentante que lo fundamenta.

Además de la habencia, nuestro autor admite, siguiendo a Zubiri, categoría de *realidad* como un *prius* ontológico anterior al ser; pero tal prioridad de la noción de realidad sobre la del ser la asume y absorbe en su nuevo hallazgo de la habencia, que incluye la totalidad de las realidades y posibilidades con todas sus articulaciones. La influencia de Zubiri se hace patente asimismo en la crítica de la fórmula tomista de «ser en cuanto ser», o ser en común, duramente rechazada porque implicaría substantivar una abstracción universal, un concepto vacío de ser. Se ha de hablar en lugar suyo de «ser en cuanto ser concreto», que hace referencia a la totalidad de los entes concretos y contingentes de la experiencia, y ello viene a confluír en la noción de la habencia, que «antes que un concepto, es una totalidad concreta y finita, algo así como un colectivo de entes». El interés por una metafísica de lo concreto y el horror a toda abstracción, que es la dominante en el pensamiento moderno, subyace también en dicha crítica.

* * *

Tal es, en sumaria indicación, la nueva teoría e invención de la habencia que ha ideado el doctor Basave como clave y punto de partida de la metafísica. No se trata de un principio lógico de explicación, sino de una importante entidad real. «La habencia no es en absoluto una substancia; pero todas las substancias existen en la habencia como espacio-tiempo universal. Cabe, en consecuencia, hablar del horizonte de la habencia». Su definición más común fue dada como totalidad de los entes reales o posibles que engloba el universo visible, algo así como el mundo visible en unidad articulada. Pero los entes del mundo son sustancias (con sus accidentes reales en que se incluyen el espacio y el tiempo) y los entes posibles son simples ideas que no pueden connumerarse con los seres reales. Si no es sus-

tancia ni el conjunto de sustancias que puebian el mundo (individualidades heterogéneas distintas de la habencia), la habencia sólo se configura como el envolvente de todas ellas, según la expresión tan reiterada, especie de recipiente hueco de todas, que no debe entenderse en sentido material, pues caeríamos en la imagen vulgar y bíblica de la «bóveda celeste». Queda sólo por situar a la habencia en la línea de relación o conjunto de límite, horizonte finito, etc.; relaciones todas negativas, pues las relaciones reales se adhieren a las sustancias; los entes son finitos, limitados por sí mismos y se extienden y articulan en el espacio por sus mutuas acciones y reacciones.

No es posible, pues, artíbuir más realidad a la habencia que la de mera relación de razón fundada, pues la noción de todo no tiene más realidad que la de suma de las partes, es decir, de un todo relacional. ¡Y a este ente de razón le asigna nuestro autor un papel capital en la explicación metafísica del mundo, de toda la realidad finita de las cosas! Lo presenta como el primer inteligible, base de una verdadera cosmovisión culminante de la experiencia humana. Habla de la habencia en cada página, como el necesario enfoque iluminador de todos los problemas. Claro es que su función sigue siendo indefinida al cabo de tanta verbosidad «habencial», un añadido estéril y vacío, sin el cual las cuestiones se esclarecen igualmente. Basta sustituir la habencia por «el mundo», lo que existe, y la exposición tiene el mismo pleno sentido.

* * *

No obstante, dicha tenaz y monótona apelación a la habencia, la amplia obra del profesor Basave sigue siendo un profundo tratado de metafísica, una auténtica ontología o filosofía del ser. En los primeros capítulos, al margen del confusionismo del análisis de la habencia, se esboza una valiente defensa de la metafísica con enérgica refutación de Kant, del existencialismo y neopositivismos actuales, que han minado la visión de la realidad ontológica y obstruido el camino a la concepción del Ser

divino. Por lo demás, entrado ya en materia y pasada la primera inquina contra el concepto abstracto de ser en cuanto ser, en lo restante y ya desde el capítulo 8 (la obra consta de 26), la metafísica del ser recobra todos sus derechos, aunque envuelta en la ornamentación espúrea de la habencia. Al fin, dice, «la actualidad de la habencia en el mundo es el *ser*, pues se trata siempre del ser de lo que hay».

Basave habla de ordinario del «ser de los entes» por especial referencia a los seres concretos de la experiencia. Pero «el ser concreto» está en todos los entes como principio constitutivo de la realidad de todos ellos, ya que todos son determinaciones del ser que penetra todos los entes y los trasciende. El ser es en cada ente y en todos ellos como unidades estructurales de ser.

Desde esta noción cabal del ser, Basave traza una exposición concisa, pero acertada, de esa metafísica del ser: Las propiedades trascendentales del ser, la estructura ontológica del ser finito, su composición real de esencia y existencia como principios distintos, los predicamentos metafísicos de substancia, subsistencia y accidentes, la analogía de los entes (no del ser abstracto que para él no contiene los entes); y descendiendo a la filosofía natural, los modos de ser real o los distintos estratos de la naturaleza, desde lo material y sus elementos físico-químicos hasta la filosofía del espíritu encarnado. Sin omitir el estudio del dinamismo en el mundo, o el análisis de las causas y de las leyes de esta dinámica natural en el espacio-tiempo.

Un aspecto que más resalta en el tratado de Basave y donde se trasluce su espíritu cristiano es *el tema de Dios*, que surge un poco en todo el desarrollo. Desde el principio recalca que no es *el olvido del ser*, de que hablaba Heidegger, sino *el olvido de Dios* el mal endémico del pensamiento moderno. El problema del ateísmo no tiene sentido sino por la negación de toda metafísica, mucho menos lo tendrá en su teoría de la habencia, que apela inmediatamente al «Ser fundamental y fundamentante», pues la totalidad de los entes que constituye la habencia y cuya esencial característica viene dada por la contingencia, exige necesariamente la causa suprema. *Lo que hay* es la habencia.

cia; *lo que hace que haya* es la Trascendencia. El «hay Dios» es más originario que el «hay ente» o el «hay ser», porque Dios es el que hace que haya. Y parte notable de la obra es una «teología metafísica» en que el autor desarrolla las pruebas de la existencia de Dios y la síntesis de los atributos divinos que culminan en la doctrina de la creación.

Los temas de la metafísica tradicional son así expuestos por nuestro autor con breves y vigorosos trazos y en estilo lúcido y moderno —no exento de neologismos y original locución— a la vez que con abundante información y especial preocupación a los problemas actuales. Nuestro filósofo, en efecto, desentendiéndose de la estricta metodología metafísica, que es la abstracción inmaterial o de tercer grado, presenta también una ontología «expansiva» que abarca asimismo breve «antroposofía metafísica» —versión de la anterior filosofía del hombre—, junto con los problemas existenciales de la angustia y la esperanza, de la muerte y el deseo de eternidad feliz, fundamento de la inmortalidad personal; y hasta una metafísica del amor, de la esencia de la sociedad y una metafísica de la historia, lo mismo que antes expuso una filosofía y física de la naturaleza. Es que, para el profesor Basave, la metafísica se extiende a una «doctrina de salvación» que envuelve en cierto modo ética, religión y santidad.

Toda esta temática, la tradicional y la expansiva, es tratada con lúcida reflexión y equilibrada articulación, sin que se aprecien mayores fallos o desviaciones, aparte de numerosas incoherencias y del consabido y monótono enfoque desde la habencia. No obstante, tal ficticia perspectiva no desfigura la doctrina, si se tiene en cuenta que con ese inútil término se entiende simplemente el mundo de lo existente y contingente, objeto de la reflexión filosófica. Subrayemos que tal innovación no permite al señor Basave pretender y airear que ha construido «una nueva metafísica», cuando toda su especulación se encuadra en la metafísica cristiana, tradicional y sustancialmente tomista, fuera de imprecisiones menores y dos básicos errores.

Los dos errores han sido ya apuntados como punto de partida. Uno, el rechazo de la noción universal de ser, objeto de

la metafísica, como concepto abstracto, vacío de contenido real. Nace de desconocer el proceso de abstracción analógica de la idea general y omnicomprendiva de ser, que incluye todos los modos de ser reales, posibles y hasta entes de razón, en una semejanza común y actual aunque confusa comprensión de todos sus modos desemejantes. No se da cuenta que bajo la razón de ser nombramos y significamos todas las formas de entes particulares cuando les atribuimos el ser, porque todos son ser y no hay nada fuera del ser. Basave sabe muy bien que nuestra inteligencia sentiente y racional sólo conoce las cosas, aun las singulares empíricas indirectamente, por conceptos más o menos universales, pero siempre representativos de lo real. Y el concepto por su naturaleza es abstracto. La aversión al abstractismo o rechazo de todo concepto abstracto es polarmente opuesto a un talante metafísico, de que hace gala el señor Basave.

De ahí le ha venido el otro gran desvío, la desafortunada invención de la *habencia*, que quiere sustituir al ser. Fácilmente se advierte que procede de una mera *confusión filológica*, de un enredo gramatical. Porque el infinitivo «haber» y forma presente «hay», de que vendría la habencia, sólo tienen sentido de algo distinto de ser, en castellano y en una forma paralela del francés (*il-y-a*). Las demás lenguas europeas traducen tal forma impersonal por el verbo *ser*: italiano, *c'è, ci sono*; alemán, *es ist, es sind*, o las acepciones equivalentes *es gibt, es geben*; en inglés, *to have*, significando *to exist, to be, it is*, etc. Tal gramática nace del latín, que designa la existencia impersonal también con el verbo *ser*: *est, sunt*, aunque también usa las mismas variantes, *datur, habetur*.

De todo ello resulta que el «hay» castellano no designa alguna entequeia especial, sino que es la expresión impersonal del ser fáctico, del existir de las cosas: hay manzanas, hay una casa. Y toda la lucubración de nuestro profesor sobre la habencia como sustantivo del «hay» cae por su base. El ser concretizado a un singular o *esencia* sensible es la primera aprehensión de nuestra mente; y todas las cosas son ser, fuera del cual nada hay.

¿HACIA UNA NUEVA METAFISICA?

Fuera de esta notable laguna y conato fallido de novedad, hemos de resaltar, no obstante, la gran calidad de la profusa y original obra del profesor Basave, presentada con honda reflexión y esmerado lenguaje literario español (con lamentable falta de análisis lingüístico) y, que sin duda, viene a revalorizar la disciplina metafísica, tan desdeñada en el pensamiento moderno.

Felicitemos con toda simpatía y respeto a su autor por su valioso esfuerzo de exposición. Con nuestra sincera felicitación sólo deseáramos la ulterior reconsideración de su doctrina, liberada del pesado fardo de la nueva entelequia.